

San José, Costa Rica

— 25 de Noviembre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 70

LOS ABSTINENTES

Cuando un hombre llega a avanzadísima edad con cuerpo y mente sanos y sobre todo cuando llega sin obstáculo a la centena, sus coetáneos no dejan de ir a preguntarle la clase de vida que siguió para obtener tan notable resultado. Las conclusiones de la *entrevista*, como decimos ahora, se publican *urbi et orbi*; algunos siguen los consejos, la mayor parte los olvidan al cabo de pocas horas para volver a seguir su modo de existencia anterior. Con Luis Cornaro no fue menester ir a pedirle las explicaciones que los hombres deseosos de desaparecer lo más tarde posible siempre tienen interés en hacerse dar. Se cuidó ya de escribirlas por sí mismo, bastante largas, juzgándolas útiles para los hombres, para su patria y para sus amigos. Y así tenemos cuatro discursos suyos, escritos respectivamente a 83, 86, 91 y 95 años, en los cuales pregona en entusiastas términos la mayor sobriedad, presentándose él mismo como ejemplo a todos los que quieran llegar a resultado tan deseable.

Fue un exitazo, pueden creerlo. La edición italiana intitulada: *discorsi della vita sobria*, publicada en 1558 trajo tras sí una multitud de traducciones: dos latinas, cuatro francesas, una inglesa. Cada cual habló de Cornaro, del extraordinario anciano, y de tanto entusiasmo encontramos lisonjeros ecos en las obras de Cardan, Bacon, Gassendi, del presidente de Thou. De modo

que hoy día, gracias a los detalles dados por el mismo héroe, gracias al testimonio de sus coetáneos y de los que vinieron más tarde, gracias también a una carta escrita por una resobrina, podemos reconstruir enteramente y con tantos detalles como desearse puedan, la envidiable vida de Luis Cornaro, de Venecia, fallecido en 26 de abril de 1566 a la edad de 104 años con la más espléndida serenidad de espíritu.

En efecto nació en 1462 en Venecia, en una antigua e ilustrísima familia. Todo lo predisponía para ejercer los más altos cargos de la célebre república. Un proceso, sobre el cual nos faltan detalles, redujo tales esperanzas a la nada y luego, privado de todos sus bienes, casi desterrado de su patria, vivió lo restante de su vida en Padua en donde ocupaba, él mismo nos lo dice, una de las casas más hermosas y mejores de dicho punto.

Era de temperamento sanguíneo, muy colérico, fácilmente excitado por las más lamentables pasiones. Aunque de constitución bastante poco robusta, no dejaba de llevar una vida de disipación y de calavera que no podía hacer menos que conducirlo rápidamente a la tumba. El resultado no se hizo esperar: a los treinta y cinco años era ya gotoso, dispéptico, sujeto a frecuentes diarreas, siempre sediento y afecto de una fiebre lenta y continua que lo redujo a deplorable condición. Los médicos probaron en vano de remediar